

[CATALUNYA]

MITOLOGIA MESOAMERICANA Y REVOLUCION

MANUEL GALICH

Es un hecho reconocido, en el mundo de las ciencias que tienen relación con las antigüedades americanas, el de que los pueblos que habitaron Mesoamérica, antes de su conquista por los españoles, alcanzaron una alta civilización, de tipo diferente a la del mundo europeo de entonces, pero de notabilísima jerarquía.

Por lo menos, mexicanos y guatemaltecos, en lo que respecta a la América Media, tenían una hermosa y profunda mitología, llena de concepciones cosmogónicas y de hazañas heroicas de singular poesía y de honda filosofía. Mayas y toltecas, en lo que se refiere a los mexicanos y mayas quichués, de ascendencia tolteca probable, estos últimos en lo que se refiere a los guatemaltecos, legaron a la humanidad un caudal inagotable de sabiduría y de arte.

Y se sabe que, mucho antes de la llegada de Cortés al altiplano mexicano, éste fue habitado por una pluralidad de pueblos que unas veces se sucedieron en la ocupación del territorio, en el curso de varias generaciones, y otras se disputaron la posesión del mismo. Los últimos

dueños fueron los aztecas, grandes conquistadores que llegaron hasta los límites actuales con Guatemala por el sudoeste y sólo fueron detenidos en el oeste por los bravos tarascos. Herederos de los toltecas, los aztecas dieron carácter definitivo a lo que hoy conocemos como civilización nahuatl, por la hermosa lengua común de aquellos pueblos

En lo tocante a Guatemala, quedan en el extenso, selvático y casi despoblado departamento de El Petén, las huellas monumentales, pirámides, templos, palacios, monolitos y juegos de pelota, de la remota y grandiosa civilización de los mayas más antiguos. Pero éstos se fueron de allí, inexplicablemente hasta hoy, para florecer nuevamente en el extremo norte de la península de Yucatán, al influjo memorable y sabio del gran jefe tolteca Ce Acatl Topiltzín, tenido por sus contemporáneos y descendientes de todos los tiempos como encarnación del mismo dios Quetzalcoatl.

Por el siglo X de nuestra era, Ce Acatl Topiltzín dejó el centro de su incontrastable poder en el altiplano mexicano e inició su asombroso éxodo hacia Yucatán, bordeando el golfo de México. A medio camino, en las orillas de la laguna de Términos, varias tribus que lo seguían variaron el rumbo y tomaron hacia el Sur, remontando el río-padre, el Usumacinta, que los condujo hacia el corazón de Guatemala actual, a las tierras montañosas del occidente. Fueron los antepasados de los tres millones de maya-quichés que habitan actualmente aquellas tierras. Produjeron en éstas, también, una vigorosa civilización de fuerte influencia maya y tolteca. Con el nombre quiché de Gukumatz conservaron el recuerdo de aquel gran bienhechor evocado como Quetzalcoatl por sus lejanos parientes mexicanos.

El gran americanista Bancroft afirmó, ya en 1883, en su libro *The Native Races*: "De todos los pueblos americanos, los quichés de Guatemala son los que nos han dejado el más rico legado mitológico. Su descripción de la creación, según aparece en el *Popol Vuh*, que puede llamarse el libro nacional de los quichés, es, en su ruda y extraña elocuencia y poética originalidad, una de las más raras reliquias del pensamiento aborigen".

Esta afirmación de Bancroft, respaldada por el testimonio de otros eminentes e irrefutados americanistas de su tiempo, Scheizer, Brasseur de Bourbourg y otros, ha tenido plena confirmación a través de casi un siglo, de mediados del XIX a mediados del XX, durante el cual las investigaciones sobre los monumentos en piedra y los libros pictográficos precolombinos mesoamericanos, han alcanzado, categoría de dis-

ciplina científica y han atraído más y más investigadores de todo el mundo, desde los becados de la Fundación Carnegie, hasta el sabio soviético Knorosov.

No cabía en una nota como ésta, una relación, por muy compendiada que fuera, de las mitologías nahuatl y maya-quiché. Tampoco estaría dentro de nuestros actuales límites responder a la justa pregunta de los escépticos, por su nada culpable divorcio del tema: “¿Cómo, si los indios carecían de alfabeto, pudieron legar sus ideas cosmogónicas, teogónicas y morales a los tiempos futuros?”.

Una incursión rápida, respetuosa y sin pretensiones de especialistas, a la cosmogonía y a la teogonía nahuatl, de México; maya-quiché, de Guatemala y pipil, de El Salvador (prolongación en el tiempo y en el espacio de lo nahuatl y lo maya-quiché), fue intentada en un ciclo de conferencias que dimos, en la Casa de las Américas, de La Habana, el antropólogo social Efraim Zepeda, mexicano; el escritor y poeta Roque Dalton, salvadoreño, y yo, guatemalteco.

Entonces dimos respuesta a la cuestión que, en efecto, se planteó aquí atribuida a los “escépticos, por su nada culpable divorcio con el tema”. Hicimos entonces referencia a los jeroglíficos grabados en piedra, no sólo existentes sino felizmente legibles en gran parte hoy en día, a los libros de materia vegetal con pictografías a colores, igualmente conservados como valiosos códices y legibles en gran parte, y a esa inmensa fuente, tan poco fidedigna para el aludido escéptico, como rica para el investigador serio, que sepa leer las tradiciones recogidas en las décadas subsiguientes a la conquista, por ejemplo por Sahagún, Motolinía o Ximénez.

Pero el objeto de aquella incursión no fue puramente de exhibición erudita, ni de diletantismo literario, ni de deleitosa descripción de los mitos mesoamericanos. El objeto de la incursión fue el de plantearnos, como lo hicimos en la última sesión del ciclo, el problema de la supervivencia y valor de los mitos. Problema que encierra dos cuestiones: ¿Están vivos todavía, en la memoria y en la fe de los indios mesoamericanos los mitos precolombinos? En caso afirmativo, ¿tiene eso algún valor práctico para la revolución social latinoamericana en marcha?

A ambas preguntas dimos respuestas afirmativas. Unos tres millones y medio de indios mexicanos y unos tres millones de indios guatemaltecos, amén de un creciente porcentaje del campesinado salvadoreño, con influencia cultural india, conserva todavía la mentalidad, la visión del mundo, la interpretación con los fenómenos naturales, las motivaciones

de la conducta humana, los conceptos sobre el origen y el destino del hombre, las normas éticas en relación a la comunidad, la concepción dual de que toda idea o ser tiene su contrario inseparable y la atribución animista de las cosas, heredados de los antepasados nahuatlís, mayas y quichés. Como sucede seguramente con los demás grupos indios latinoamericanos, los antiguos mitos son realidad viva y actual que no puede, ni debe ignorarse.

La aproximación a las grandes masas indígenas de nuestra América es imposible si no se consulta su mentalidad y su lenguaje, entendido éste no sólo en el sentido de lengua o de lenguas precolombinas, por otra parte, expresión de elevados anhelos de superación, nacidas en la conciencia de pueblos despojados del egoísmo y del sentido del lucro e inspiradas en la idea y en la práctica de la Comunidad, de la colaboración, de la construcción colectiva de un mundo bueno para todos, son, por ello, un punto de partida de primerísima importancia para situar a nuestras masas indígenas en el camino hacia el mundo del futuro que advierte: el mundo del socialismo. El lenguaje de sus propios mitos es el más inteligible para ser mundo americano olvidado, que espera su redención desde hace cuatro siglos y medio.

Manuel Galich

Casa de las Américas, Habana, Cuba